

DESPLEGADO

# VERBUM

ÓRGANO DEL CENTRO ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DIRECTOR  
CARMELO M. BONET

ADMINISTRADOR  
FLORIAN OLIVER

AÑO VI

BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE DE 1913

NÚM. 22

## La Facultad de Filosofía y Letras

### SU OBJETO

La Facultad de Filosofía y Letras, mis jóvenes amigos, carece de objeto; es, en el conjunto de las hermanas universitarias, la quinta, como quien dice la quinta rueda. No posee el privilegio de ofrecer una carrera análoga a la del abogado, del médico, del ingeniero o del agrónomo, pues le sobra buen criterio para saber que no puede consagrar filósofos ni literatos y, si continúa con el viejo hábito de expedir títulos, no ignora que son meramente decorativos. Es una facultad no sólo filosófica, sino casi platónica.

Es evidente que esta institución se caracteriza por su inutilidad, como que su primer decano fué Miguel Cané, que no era estanciero, ni banquero, ni pleitista — que casi no era nada — nada más que un espíritu eminentemente distinguido.

En esta facultad, algunos señores se complacen en perder el tiempo. Juan Agustín García, por ejemplo, habla allí del génesis colonial de la ciudad de Buenos Aires, lo que es tan molesto como recordarle a un advenedizo enriquecido, sus humildes orígenes, cuyas huellas aún no ha logrado borrar. Cramwell enseña un idioma que no se habla en ninguna parte y que, a los efectos de la correspondencia comercial, no puede competir siquiera con el esperanto. Ernesto Quesada se ocupa de unos pobres frailes que, en los bosques del Alto Uruguay, ensayaron

(1) De la *Guía del Estudiante*, editada por el Centro Católico de Estudiantes.

una organización social extravagante. Calixto Oyuela se empeña en demostrar que Cervantes — el autor del Quijote — tenía algún conocimiento del idioma castellano. Lafone Quevedo trata de deslindar con exactitud la influencia de los quichuas en la civilización precolombiana de los calchaquíes. Zuberbülher se apresta a decirnos el concepto que tenía el autor de Gioconda sobre los colores cromáticos. Ricardo Rojas, enamorado de una extraña teoría, intenta convencernos de que los hacimientos cosmopolitas determinados por el factor económico no bastan para constituir un pueblo, que es menester vincularlo además por un poderoso sentimiento colectivo y aún llega a veces a pretender que debemos aspirar al desarrollo de una intensa cultura nacional. En fin, ya se ve que no cabe imaginar ocupación de más exiguo provecho.

En esta casa todavía se pronuncia el nombre de Aristóteles y se recuerda vagamente la existencia de Descartes y de otros, que, a pesar de haberse empleado solamente en las tareas del espíritu, han ejercido, sin embargo, alguna influencia en los destinos de la humanidad. A veces, también pasa por sus aulas un forastero que, como Altamira, cree que la investigación metódica debe preceder a la publicación de obras de historia, u otros que nos hablan del romancero español o del renacimiento o de evoluciones orgánicas y psíquicas. Hay que disculparlos, vienen de países remotos, donde se atribuye alguna importancia a las cuestiones puramente intelectuales y, engañados por las apariencias, suponen aquí otro tanto.

Por cierto, el señor decano debiera colocar a las puertas de la Facultad un aviso para prevenir a la juventud incauta, que allí no espere hallar los medios para salvar las contingencias de la vida. Para no desdecir del sitio podría revestir la forma clásica: *Primum vivere, de inde philosophare*.

En efecto, la tarea del día, para el individuo como para la colectividad, se concreta por ahora a nuestro desenvolvimiento económico. Y no nos quejemos de ello. Semejante orientación práctica y utilitaria hacía falta a este pueblo de origen español, para que se decidiera a trocar su hidalga incuria por el trabajo y se empeñara en hacer efectivas las riquezas de su opulenta heredad. Todas las sollicitaciones del ambiente nacional nos llaman a la obra inmediata, provechosa, creadora de riquezas y bienestar.

Y esta tendencia que ya domina toda nuestra vida, trasciende también a la enseñanza y no faltan quienes creen que debe revestir, en primer lugar, un carácter práctico y positivo, a fin de encaminar nuestra juventud hacia los estudios de aplicación inmediata. La enseñanza universitaria misma, de acuerdo con este criterio, debiera ser ante todo profesional.

Las consecuencias de semejante manera de ver se escuchan a cada instante. ¿Qué necesidad tiene el futuro abogado de estudiar matemáticas? ¿De qué sirven al estudiante de ingeniería las lenguas muertas? ¿El médico acaso necesita conocer la historia nacional para ejercer su oficio?

No olvidemos que la escuela, a más de instruir, a más de transmitir las informaciones elementales y útiles, tiene otra misión. En el más humilde de los alumnos ha de educar al ciudadano de una colectividad democrática y al miembro de una sociedad culta. Parece que el hogar y el medio ambiente ya predicán con suficiente intensidad la orientación práctica de nuestras actividades y que la enseñanza puede prescindir de exagerarla aún, para corregirla, más bien, hasta donde llega su limitada influencia.

La Universidad, sobre todo, no se ha de concretar a proveer de títulos profesionales, pues está llamada, y ésta es su misión más augusta, a formar las clases intelectuales, cultas, dirigentes de nuestra sociedad. Es menester decirlo con claridad, aunque con dureza. El distinguido estudiante de medicina que al terminar la carrera se ve en figurillas para redactar su tesis y desconoce hasta las reglas de la sintaxis, si es que recuerda las de la ortografía, a pesar de su título de doctor, no será más que un simple albéitar. Y, en la variante del caso, aplíquese a los demás.

Elijo este ejemplo porque es expresivo, y no es excepcional, si bien es burdo, pues la ignorancia no pocas veces se disimula bajo formas mucho más refinadas.

Luego pensemos en el caso, también frecuente y también triste, de aquel que ha realizado su ideal económico y al cual la vida no le ofrece después otro aliciente que la satisfacción de sus instintos o el tedio de la ociosidad, si es que en la dura brega no se han embotado los menguados restos de su mentalidad. A semejante extremo conduce la civilización sin cultura, la ausencia de intereses intelectuales, literarios o estéticos, es decir, de intereses “desinteresados”.

No al individuo tan sólo se aplica esta consideración. La prosperidad de Atenas o de Florencia valdría menos que la de Cartago, si no hubiese sido la condición previa para desarrollar períodos de intensa cultura intelectual y artística.

Sin duda no debemos forzar la nota. Felizmente, en todos los hombres existen afectos y sentimientos que restringen la expansión de un rudo egoísmo. Por otra parte, nuestro espíritu nacional flexible, tolerante y expansivo, ha obedecido siempre a impulsos de progreso, deseoso de elevarse e ilustrarse.

En Buenos Aires, a pesar de las quejas sobre el ambiente ingrato, no deja de realizarse una labor intelectual apreciable, que día a día crece en cantidad y mejora en calidad.

Nunca ha faltado a la República un grupo dirigente, constituido por individualidades de alta cultura y en el seno de nuestra juventud — quizás amortiguados, quizás desviados — sobreviven anhelos superiores a los afanes del día. Cuantos al salir de las aulas se aperciben de la insuficiencia de la enseñanza puramente técnica, experimentan la necesidad de salvar las fronteras profesionales. En realidad, sería injusto desconocer que el nivel de la cultura general tiende a levantarse, no obstante el predominio de los intereses positivos. Con una impaciencia explicable desearíamos, sin duda, que se extendiera más, o no se limitara tan a menudo a exterioridades superficiales.

Presentemos, pues, a esta faz de la evolución nacional la atención que se merece y fomentemos estas aspiraciones — no seamos inmodestos — casi con el mismo interés que, con tanto acierto, dedicamos a nuestros rebaños y a nuestras sementeras. Digámosle a la juventud que debe armarse de nociones útiles para afrontar la lucha por la existencia, pero que no debe descuidar un solo instante el desarrollo armónico de la propia personalidad y que no es una paradoja si se repite que al fin lo inútil, lo superfluo, lo abstracto, la ciencia pura, es precisamente lo más necesario, lo único que da significación a la vida, constituye la dignidad del hombre, lo emancipa de las preocupaciones vulgares, dota su espíritu de libertad moral y, si no sirve para adquirir riquezas, sirve para darles valor.

La información fragmentaria que ofrece el periódico, la revista y aún el libro, elegido al acaso, sin ser por cierto despreciable, a riesgo de simular una suficiencia ficticia, no puede suplir el estudio metódico y ordenado. La misma facultad

universitaria no puede proporcionarlo sino de una manera deficiente, pero sí sirve de guía hacia horizontes más anchos, revela la existencia de regiones intelectuales casi ignotas, sugiere el desdén de lo presuntuoso y de lo chabacano, habitúa a contemplar los hechos desde distintos puntos de vista, para conocerlos antes de juzgarlos, y si el esfuerzo propio del estudiante fecunda la enseñanza recibida, le encamina a buscar con criterio filosófico, es decir, con criterio sereno y abstracto, la solución de los problemas que surgen sin cesar en el espíritu humano, cuando no ha renunciado a los fueros de la razón, ni se dispone a vivir la vida exclusiva de los instintos. Bien vale la pena reconcentrarnos alguna vez en nosotros mismos y recordar que este mundo tan culpable, tan real y positivo, no es sino la expresión simbólica de lo inescrutable.

Mantener esas aspiraciones hacia una cultura superior es la misión de la Facultad de Filosofía y Letras, de manera inmediata para con los alumnos que la frecuentan, de modo indirecto por medio del profesorado que se forma en sus aulas, llamado a esparcir la simiente que se le confía, en la esperanza de que algunas veces ha de caer en tierra fértil.

ALEJANDRO KORN.

---